

Carolina Viñarás

Carmen Bravo-Villasante (2022). *Invencción de la vida: memorias*. Madrid: San Pablo. 354 páginas.
ISBN: 9788428556774



Carmen Bravo-Villasante (1918-1994) es un referente en el mundo de la investigación en LIJ (Literatura Infantil y Juvenil), fue pionera en este campo en el que ejerció como historiadora y antóloga. Pero, además, posee un corpus heterogéneo compuesto de notables traducciones, biografías de literatos célebres, ensayos y poemas. *Invencción de la vida* constituye su reflejo más personal e intimista, pues son las memorias de su vida, las que recabó a partir de un día de 1965. Sobre la aridez de unas hojas en blanco plasmará un florilegio

de impresiones, sucesos y pensamientos. Recordar para no olvidar y no beber de las aguas del Leteo, es lo que Bravo-Villasante asevera en el primer capítulo, cuando rememora su etapa infantil. Como María del Carmen Bobes revisa en su artículo, «La novela y la poética femenina», parafraseando las palabras de Henri Bergson (1859-1941), “la revisión del pasado que proporciona la memoria, da lugar a un desdoblamiento de la persona que se objetiva a sí misma para juzgarse en otro tiempo y para descubrir la lógica de los hechos”, así Carmen Bravo-Villasante escribió sus memorias desde la madurez, pero no al final de su vida, esto le procuró sentir su pasado reciente, a la vez que reescribía el ayer inmediato de sus nuevas vivencias. Desde la serenidad que supone rememorar hechos singulares, *Invencción de la vida* se erige como

metáfora vital de las experiencias que recolectó de su entorno en las distintas etapas, donde las relaciones humanas y el aprendizaje continuo fueron las líneas transversales que hendieron tanto su vida académica como personal.

Como no podía ser menos, María Jesús Fraga, doctora por la Facultad de Educación de la UCM con su tesis sobre la vida y la obra de Elena Fortún (1886-1952), prologa la edición de estas memorias. Fraga, como especialista en Literatura Infantil, resulta la persona idónea para escribir el proemio de esta autobiografía. En él, Fraga destaca la personalidad arrolladora de Bravo-Villasante y su capacidad y tesón para lograr sus objetivos. Admira en ella su trabajo, dedicado principalmente a la infancia, como traducciones y reediciones de cuentos, pero también su trabajo de investigación a través de seminarios y organización de cursos y talleres. Sobre todo ello destaca el amor y la dedicación que la escritora volcó en todos sus escritos. Este cuidado prólogo a modo de presentación condensa las directrices que marcaron la vida familiar y profesional de Carmen, e introducirá al lector en el universo intimista de esta polifacética autora.

Las memorias de Carmen Bravo-Villasante están divididas en veinte y nueve capítulos. Desde el primero hasta el octavo Carmen rememora su infancia y adolescencia hasta sus años universitarios. Una infancia que transcurre en el fértil periodo cultural de la Edad de Plata, primer tercio del siglo XX, esto supuso para la escritora el crecimiento en una atmósfera rica y didáctica, acompañada por los cuentos de la Editorial Calleja, los volúmenes de la colección Araluce y por las revistas infantiles de la época que instruían a los niños en un genuino saber enciclopédico. Por otro lado, la pertenencia a una familia burguesa liberal le permitió estudiar en un colegio francés, aprendiendo este idioma, y más tarde, en el Instituto Escuela, además de rodearse de un ambiente culto gracias a su padre, propietario de una óptica, que se relacionaba con amigos comunes a Miguel de Unamuno (1864-1936) y Pío Baroja (1872-1956). Por su parte, su madre era socia del Lyceum Club, al que llevaba a sus hijas a merendar, Carmen y su hermana Juana crecieron junto a las intelectuales de la época como Victorina Durán, María Lejárraga o María Baeza, entre otras.

Estas circunstancias fueron las idóneas para que Bravo-Villasante cultivara su amor por los libros y la literatura. Su adolescencia transcurrió en medio de la Guerra Civil, pero ello no fue óbice para que esta autora siguiera desarrollando su pasión literaria y alcanzara el mundo de la traducción, aprendiendo alemán para retratar posteriormente las biografías de Heinrich von Kleist (1777-1811) y Bettina Brentano (1785-1859). La elaboración de estas y otras biografías de novelistas españoles se narran en el capítulo doceavo, pues según decía ella misma, no recopilaba la historia de sus biografiados, sino que dialogaba con ellos y exploraba los lugares donde estos autores vivieron. Esta búsqueda se proyectaba también en las lecturas que desde la infancia marcaron sus vidas, algo que Carmen consideraba esencial en el devenir del ser humano. Intimaba tanto con los caracteres que investigaba que, casi sin quererlo, entraban a formar parte de la familia, como ella escribía, “En casa tengo la foto de la Pardo, como de la Avellaneda y la de Bettina, al lado de las fotografías de mi padre y de mi hijo”. Los recuerdos más personales y familiares se enlazan con su vocación y con sus años de universidad, donde las bellas descripciones que realiza de los paisajes se prolongan en extensiones de un sentimiento íntimo; además de complementar sus recuerdos con las cartas recibidas del poeta José Luis Cano, compañero de facultad, al igual que el escritor Dámaso Alonso, Agustín del Campo o Francisco López Estrada, entre otros, con los que establecería fructíferas relaciones intersubjetivas. Fue durante esta etapa universitaria cuando comenzó sus viajes a otros países. Su peregrinaje por las diferentes naciones, no solo de Europa, si no también de otros continentes, le ofrecieron un estrecho contacto con la cultura de diversas regiones, donde amplió sus conocimientos sobre el sustrato de la literatura infantil, el folclore, además de conocer el legado de los cuentos tradicionales, propios de cada país.

Los tres capítulos intermedios, desde el noveno hasta el onceavo, se centran en Carmen y su matrimonio con Higinio Ruiz Martínez-Conde (1914-1965), pero también el nacimiento de sus cuatro hijos, así como las escenas más hogareñas y lúdicas con sus vástagos. Aunque, *a priori*, el grueso de estos capítulos pueda parecer una pausa

en la vida de la escritora, lo cierto es que ella nunca dejó de aprender y crear, preservando siempre ese espíritu infantil identificado en el personaje de Wendy de *Peter Pan*. El repiqueteo de las teclas de la máquina de escribir resonaba constantemente en la casa familiar, pues algunas de las biografías, ensayos y la tesis doctoral los escribió durante su recién estrenada maternidad, en la que, siendo sus hijos aún niños, también retoma sus viajes al extranjero. Este afán de conocimiento de cultura y personas desemboca en el tercer grupo de capítulos, desde el doceavo al vigésimo noveno, en los que se ensamblan escenas de su vida pretérita junto a su familia, la dimensión sentimental de sus relaciones no declaradas y un profundo realismo psicológico que salpica el mundo empírico que la rodea. Esta parte se irá solidificando y formará una amalgama de viajes y vivencias personales, a modo de cuaderno de bitácora, en los que se insertarán breves poemas arrancados de su más hondo sentir, así como sus sensaciones sobre las personas que conoce en los congresos a los que asiste alrededor del orbe, retratando un insondable autoconocimiento y percepción del mundo que la envuelve. Es en esos seminarios donde se relacionará tanto como con personas eruditas, como con alumnos universitarios de los que tallará una elevada prosopografía. Sus impresiones las abordará desde un pensamiento crítico sobre la realidad circundante, similar al que adopta un antropólogo, mientras que las abrumadoras descripciones paisajísticas y museísticas reflejarán un cariz más propio de un biólogo o de un especialista en arte. Sorprende la independencia con la que Carmen se movió, siendo un tiempo aciago para la libertad de la mujer, pero la relación horizontal que mantuvo con su marido le facilitó el desarrollo de su individualidad, favoreciéndole progresar en su carrera.

Estas memorias se complementan con un acervo de fotografías familiares que recogen escenas de Carmen niña junto a su hermana y su madre, Carmen en sus años de estudiante universitaria, así como, en compañía de su marido y sus hijos. Al álbum se suman algunos retratos y capturas de sus ponencias en destacados congresos, recibiendo premios o firmando libros en la célebre Feria del Libro de Madrid. Como cierre a esta *Invención de la vida*, se incorpora una sección cronológica clasificada por años en los que se anotan fechas familiares relevantes y logros personales de esta singular escritora.

Las memorias de Carmen Bravo-Villasante se izan como un testimonio inconmensurable de su personalidad y de su vivir. Como sus biografías, que además de históricas tienen un halo poético, así son los retazos de su vida, un estro, donde las palabras encadenadas sobre el papel reflejan un espíritu mitológico, el de la diosa Mnemósine que participó de la creación a través de sus hijas, las Musas; y como Carmen hizo a través de sus textos literarios más personales: narraciones, descripciones y poesías que atestiguan el estado más profundo de su alma y de su pensamiento. Un *continuum* entre lo divino y lo humano.

Carolina Viñarás

Universidad Complutense de Madrid